

Negro Kozacs jamás dejaba que nadie, salvo él mismo, cogiera o siquiera tocara su pistola automática. Era de un negroazulado, bastante pesada, y con sólo apretar una vez el gatillo, ocho balas del calibre 45 salían disparadas una tras otra.

En lo que atañía a su automática, Negro era algo así como un mecánico. La desarmaba y la volvía a armar, y de vez en cuando limaba cuidadosamente el interior de la llave del gatillo.

En cierta ocasión, Cuatro Ojos le dijo:

—La volverás tan sensible que se te disparará en el bolsillo y te arrancará los dedos de los pies. No tendrás más que pensarlo y comenzará a disparar ella sola.

Recuerdo que Negro sonrió al oír el comentario. Era un hombre pequeño, delgado pero fuerte, de tez pálida; por más que se afeitase, jamás lograba quitarse de la cara el negroazulado de su barba. También tenía el pelo negro. Hablaba con acento extranjero, pero jamás logré descifrar de qué país. Se había unido a Antón Larsen justo después de decretarse la prohibición, en la época en que en la bahía de Nueva York y en la costa de Jersey, los esquifes con motores adaptados de automóvil servían de señuelo a los guardacostas; nadie usaba luces, para que el juego fuera más difícil. Larsen y Negro Kozacs descargaban el licor de un vapor y lo introducían por un lugar cerca de Twin Lights, en Nueva Jersey.

Fue entonces cuando Cuatro Ojos y yo comenzamos a trabajar para ellos. Cuatro Ojos, que parecía un cruce de profesor universitario y vendedor de coches, venía de no sé qué parte de la ciudad de Nueva York, y yo había sido policía en una pequeña ciudad local hasta que decidí llevar una vida menos hipócrita. Solíamos llevar la mercancía de vuelta a Newark en un camión.

Negro siempre nos acompañaba; Larsen, de vez en cuando. Ninguno de los dos hablaba demasiado; Larsen, porque no le encontraba sentido a la charla a menos que fuera para darle una orden a un tipo o hacerle una proposición a una chica; y Negro, bueno, supongo que era porque no se sentía demasiado a sus anchas hablando en inglés. Cuando Negro nos acompañaba, no pasaba un solo viaje sin que sacara su automática y la acariciara y le murmurara cosas a media voz. En cierta ocasión, cuando íbamos tranquilamente por la autopista, Cuatro Ojos le preguntó, amable pero

inquisitivo:

—¿Qué es lo que te hace sentir tanto apego a ese revólver? Al fin y al cabo, debe de haber miles idénticos a ése.

—¿Te parece? —contestó Negro, echándonos a ambos una rápida mirada con sus pequeños y fulgurantes ojos negros, y soltándonos por primera vez un discurso—. Te diré una cosa, Cuatro Ojos, en el mundo no hay dos cosas iguales. Ni la gente, ni los revólveres, ni las botellas de whisky escocés, nada. Todo es diferente en este mundo. Cada hombre tiene unas huellas digitales distintas; y de todos los revólveres que se hicieron en la misma fábrica que éste, no hay ninguno como el mío. Sería capaz de distinguir al mío de entre cientos. Sí, aunque no le hubiera limado la llave del gatillo podría distinguirlo.

No le contradijimos. La cosa tenía sentido. Quería a su revólver, eso era seguro. Dormía con él debajo de la almohada. Creo que en vida de Negro, el arma no llegó a separarse de él más de un metro.

En cierta ocasión en que Larsen viajaba con nosotros, comentó sarcásticamente:

—Es una pistola muy bonita, Negro, pero ya empiezo a cansarme de oír cómo le hablas, sobre todo porque nadie entiende lo que le dices. ¿Ella no te contesta nunca?

Negro le sonrió y repuso:

—Mi revólver sólo conoce ocho palabras, y todas son parecidas.

La respuesta fue tan ocurrente que todos soltamos la risotada.

—Deja que le echemos un vistazo —dijo Larsen tendiendo la mano.

Pero Negro volvió a metérsela en el bolsillo y no la sacó durante el resto del viaje.

Después de aquello, Larsen siempre se mofaba de Negro y de su revólver, para irritarlo. Era un tipo persistente y tenía un sentido del humor muy peculiar; siguió con la broma durante tanto tiempo que ya había perdido la gracia. Finalmente, comenzó a comportarse como si quisiera comprársela, ofreciéndole a Negro sumas desorbitantes de cien o doscientos dólares.

—Te doy doscientos setenta y cinco dólares, Negro —le dijo una tarde, cuando pasábamos traqueteando por Bayport con un cargamento de coñac y de whisky irlandés—. Es mi última oferta, y será mejor que la aceptes.

Negro sacudió la cabeza e hizo un ruido extraño que casi se asemejaba a un gruñido.

Luego, para mi sorpresa (casi me salgo de la calzada con el camión), Larsen perdió los estribos.

—¡Dame ese maldito revólver! —aulló, agarrando a Negro por los hombros y sacudiéndolo.

Casi me tiran del asiento. Hasta podíamos habernos hecho daño, si un policía en motocicleta no nos hubiera detenido en ese preciso instante para pedirnos su correspondiente soborno. Cuando se hubo marchado, Larsen y Negro ya se habían enfriado hasta el punto de congelación, y no hubo más discusiones. Llevamos el cargamento hasta el depósito sin más contratiempos, y nadie dijo una palabra.

Después, cuando Cuatro Ojos y yo nos tomábamos una taza de café en un pequeño restaurante abierto toda la noche, le dije:

—Esos dos están locos, y no me gustan nada. ¿Por qué diablos actúan así, ahora que el negocio marcha viento en popa? No soy tan inteligente como Larsen, pero jamás me verás pelear por un revólver como si fuera un crío.

Cuatro Ojos se limitó a sonreír mientras echaba en la taza media cucharada exacta de azúcar.

—Además, Negro está como está —proseguí—. De verdad te lo digo, Cuatro Ojos, no es natural ni normal que un hombre sienta eso por un pedazo de metal. Comprendo que le tenga apego y que se sienta perdido sin él. Me pasa lo mismo con mi medio dólar de la suerte. Es la forma en que lo mima lo que me pone nervioso. Y ahora Larsen actúa de la misma manera.

Cuatro Ojos se encogió de hombros.

—Todos nos estamos poniendo un poco nerviosos, aunque no lo admitamos —dijo—. Demasiados atracadores. Por eso empezamos a ponernos nerviosos y a discutir por tonterías, como las pistolas automáticas.

—Puede que tengas algo de razón.

Cuatro Ojos me hizo un guiño.

—Claro que sí, Desnarigado —dijo, aludiendo a lo que me habían hecho una vez con un bate de béisbol—. Además, tengo incluso otra explicación para los hechos de esta tarde.

—¿Cuál?

Se inclinó hacia adelante y, adoptando un aire misterioso, susurró:

—Quizá ese revólver tenga algo extraño.

En un lenguaje poco amable lo mandé a paseo.

Sin embargo, a partir de aquella noche las cosas cambiaron. Larsen y Negro Kozacs dejaron de dirigirse la palabra y sólo se hablaban para tratar asuntos de trabajo. No se volvió a mencionar el revólver, ni en broma ni en serio. Negro lo sacaba solamente cuando Larsen no estaba presente.

Fueron pasando los años. El contrabando de licor continuó en buenas condiciones, excepto por el hecho de que los atracadores habían aumentado; en un par de ocasiones, Negro pudo demostrarnos lo bien que sonaba su automática. Además, nos metimos en una trifulca con unos competidores dirigidos por un irlandés llamado Luke Dugan, y tuvimos que irnos con mucho ojo y cambiar de ruta un viaje sí y otro no.

A pesar de todo, el negocio marchaba. Yo seguía manteniendo a casi todos mis parientes. Y Cuatro Ojos ahorra unos cuantos dólares al mes para lo que él denominaba el Fondo para el Gato Persa. Con respecto a Larsen, me parece que se gastaba casi todo lo que tenía en mujeres y en lo que éstas traen aparejado. Era la clase de tipo que se daba todos los placeres de la vida sin una sonrisa, pero que, a pesar de todo, vivía para ellos.

En cuanto a Negro Kozacs, jamás supimos qué hacía con el dinero que ganaba. Nunca nos enteramos de que gastara mucho, por lo que dedujimos que debía de estar ahorrando, probablemente en billetes que guardaba en una caja de seguridad. Tal vez planeara regresar a la madre patria, dondequiera que eso estuviera, para ser alguien. De todos modos, jamás nos lo dijo. Por la época en que el Congreso nos dejó sin profesión, Negro debía de tener una cantidad extraordinaria de pasta. No nos habíamos hecho de oro, pero habíamos tenido mucho cuidado.

Finalmente, transportamos el último cargamento. De todos modos, habríamos tenido que dejar el negocio muy pronto, porque cada semana que pasaba los sindicatos exigían más dinero en concepto de protección. Al pequeño empresario independiente no le quedaban muchas salidas, aunque fuera tan listo como Larsen. De modo que Cuatro Ojos y yo nos tomamos un par de meses de vacaciones antes de pensar qué íbamos a hacer, él para continuar con sus gatos persas y yo con los ineptos de mis parientes. Por el momento, seguimos juntos.

Entonces, una mañana, leí en el periódico que a Negro Kozacs lo habían enviado al otro barrio. Había sido encontrado acribillado a balazos en un vertedero de basuras cerca de Elizabeth, Nueva Jersey.

—Me imagino que al final Luke Dugan logró echarle el guante —aventuró Cuatro Ojos.

—Vaya suerte perra —dije—, especialmente si se piensa en todo ese dinero del que no pudo disfrutar. Cuatro Ojos, me alegro de que tú y yo no seamos lo bastante importantes como para que Dugan se ocupe de nosotros... Eso espero.

—Oye, Desnarigado, ¿dice el artículo si encontraron el revólver de Negro?

Le contesté que el periódico decía que el muerto iba desarmado y que en el lugar no se habían encontrado armas.

Cuatro Ojos comentó que resultaba extraño pensar que el revólver de Negro se hallara en el bolsillo de cualquier otra persona. Yo opinaba igual que él, y nos pasamos un rato preguntándonos si Negro habría tenido ocasión de defenderse.

Al cabo de unas dos horas nos llamó Larsen y nos pidió que nos reuniéramos con él en nuestro escondite. Nos informó que Luke Dugan también lo estaba buscando para matarlo.

El escondite era una casita de madera, de tres habitaciones; junto a ella había un enorme garaje de plancha de hierro ondulada. El garaje era para el camión, y a veces solíamos almacenar un cargamento de licor cuando nos enterábamos de que la policía, para variar, iba a efectuar algunas detenciones. Estaba cerca de Bayport, aproximadamente a una milla de la bahía y de la pequeña ensenada en la que ocultábamos nuestra barca. La hierba marina, erguida y de bordes afilados, alta como un hombre, llegaba casi hasta la casa, por el lado de la bahía, que quedaba al norte, y también por el oeste. Debajo de la hierba marina el suelo era pantanoso, aunque cuando hacía calor y la marea no estaba alta, formaba una costra seca, surcada aquí y allá por arroyos de agua de mar. Incluso la más leve brisa hacía que las briznas de hierba marina chocasen entre sí produciendo un curioso ruido seco.

Hacia el este había unos campos, y más allá estaba Bayport. Bayport era una especie de ciudad de veraneo, y debido a las mareas y a las tormentas, algunas de las casas estaban construidas sobre empalizadas. Había una pequeña laguna para las barcas de los pescadores que salían a buscar cangrejos.

Hacia el sur del escondite estaba el camino de tierra que conducía a la carretera asfaltada. La casa más cercana se encontraba a una media milla de distancia.

Cuatro Ojos y yo llegamos bien entrada la tarde. Llevamos comida para un par de días, pues pensamos que Larsen querría quedarse. Entonces, casi al ponerse el sol, oímos llegar el coche de Larsen, y yo salí a meterlo en el garaje vacío y a llevar la maleta de Larsen hasta la casa. Cuando regresé, éste estaba hablando con Cuatro Ojos. Era un hombre corpulento, y tenía los hombros muy anchos, como los de un luchador. Estaba

casi calvo, y el poco pelo que le quedaba era de un color rubio apagado. Tenía los ojos pequeños, y su cara no era muy dada a la expresión. Y así se quedó, inexpresiva, cuando dijo:

—Pues sí, Negro la palmó.

—Los pistoleros de Luke Dugan son unos chalados y ciertamente muy rencorosos —comenté.

Larsen asintió con la cabeza y frunció el entrecejo.

—Negro la palmó —repitió, recogiendo su maleta y encaminándose hacia el dormitorio—. Pienso quedarme aquí durante unos días, por si también van tras de mí. Quiero que Cuatro Ojos y tú os quedéis conmigo.

Cuatro Ojos me hizo un guiño extraño y comenzó a preparar algo para comer. Encendí las luces y eché las cortinas, lanzando una mirada preocupada hacia el camino, que estaba desierto. Eso de esperar en una casa solitaria a que una banda de pistoleros viniera a buscarte no me hacía ni pizca de gracia. Y supuse que tampoco a Cuatro Ojos. A mí me parecía mucho más sensato que Larsen pusiera tierra de por medio entre él y Nueva York. Pero, conociendo a Larsen, me cuidé muy bien de hacer comentario alguno.

Después de comernos la carne enlatada con las judías y de bebernos la cerveza, nos sentamos a la mesa a tomar el café.

Larsen sacó del bolsillo una automática y comenzó a jugar con ella; de inmediato me di cuenta de que era la de Negro. Durante unos cinco minutos nadie dijo palabra. Cuatro Ojos jugaba con su café, iba echándole la crema gota a gota. Yo amasé un trozo de pan y lo convertí en bolitas que cada vez iban adquiriendo un aspecto menos apetitoso.

Finalmente, Larsen levantó la vista y nos dijo:

—Es una pena que Negro no llevara esto consigo cuando lo enviaron al otro barrio. Me lo dio justo antes de que decidiera viajar a la madre patria. Ahora que se ha acabado el trabajo, ya no lo quería.

—Me alegro de que no se lo haya quedado el tipo que lo mató —se apresuró a comentar Cuatro Ojos. Lo dijo nervioso, y en su peor estilo de profesor universitario. Pude adivinar que no deseaba que volviera a reinar el silencio—. Resulta extraño que Negro se deshiciera de su revólver, pero comprendo lo que debió de sentir. Mentalmente asociaría el revólver con nuestro oficio y acabado éste, el arma dejó de interesarle.

Larsen gruñó, lo cual significaba que Cuatro Ojos debía callarse.

—¿Qué pasará con la pasta de Negro? —inquirí.

Larsen se encogió de hombros y siguió jugueteando con la automática; alojaba un casquillo en la recámara, amartillaba el arma, y así sucesivamente. Me recordaba tanto la forma en que Negro solía manejarlo que me inquieté y empecé a imaginar que oía a los pistoleros de Luke Dugan avanzando lentamente a través de la hierba marina. Finalmente, me puse en pie y comencé a pasearme por la habitación.

Fue entonces cuando ocurrió el accidente. Después de amartillar el revólver, Larsen levantó el pulgar para dejar que el percutor bajara suavemente, cuando se le resbaló de la mano. Al golpear en el suelo se disparó y produjo un estallido y un fogonazo, y una bala avanzó por el suelo abriendo un pequeño canal y pasando demasiado cerca de mi pie para mi gusto.

En cuanto advertí que no me había dado, grité sin pensar:

—¡Le dije a Negro miles de veces que estaba haciendo demasiado sensible el gatillo de su revólver! ¡Maldito idiota!

Larsen se quedó sentado; sus ojitos de cerdo miraban fijamente el revólver allí donde había caído, entre sus pies. Luego, lanzó un extraño resoplido, lo recogió y lo puso sobre la mesa.

—Habría que tirar ese revólver. Es demasiado peligroso de manejar. Trae mala suerte —le dije a Larsen, y en ese instante deseé no haberlo dicho, porque me lanzó una sucia mirada y unas cuantas blasfemias imaginativas en sueco.

—Cierra la boca, Desnarigado —terminó ordenándome—, y no me digas lo que puedo y lo que no puedo hacer. Puedo cuidar de ti y puedo cuidar del revólver de Negro. Ahora me voy a la cama.

Cerró la puerta del dormitorio tras de sí, y dejó que Cuatro Ojos y yo adivináramos que se suponía que debíamos sacar nuestras mantas y dormir en el suelo.

Pero no queríamos irnos a dormir en seguida, siquiera fuese porque seguíamos pensando en Luke Dugan. De modo que sacamos una baraja y empezamos a jugar una partida de póquer abierto, hablando en voz muy baja. El póquer abierto es igual que el normal, sólo que se descubren cuatro de las cinco cartas, que se reparten boca arriba y una a la vez.

Se apuesta cada vez que se da una carta, de este modo una suma considerable de dinero tiende a cambiar de manos, incluso cuando se juega con un límite de diez

centavos, como hacíamos nosotros. Es un juego muy indicado para desplumar a los incautos, y Cuatro Ojos y yo nos pasábamos horas enteras jugando cuando no teníamos nada mejor que hacer. Pero dado que los dos éramos igual de listos, ninguno lograba ganar por mucho tiempo.

Todo estaba en silencio, excepto por los ronquidos de Larsen, el murmullo de la hierba marina y el tintineo ocasional de una moneda de diez centavos.

Al cabo de una hora más o menos, por casualidad Cuatro Ojos le echó un vistazo a la automática de Negro, que estaba al otro lado de la mesa, y por la forma en que su cuerpo dio un respingo, yo también reparé en ella. De inmediato presentí que había algo que no funcionaba, pero no pude precisar qué era; una sensación extraña me recorrió la nuca. Entonces, Cuatro Ojos tendió dos delgados dedos, le dio media vuelta al revólver, y me di cuenta de qué era lo que no funcionaba. Cuando Larsen había dejado el revólver sobre la mesa, me pareció que apuntaba hacia la puerta exterior; pero cuando Cuatro Ojos y yo lo miramos, apuntaba en dirección a la puerta del dormitorio. Cuando se está intranquilo, la memoria suele engañar.

Media hora más tarde notamos que el revólver volvía a apuntar hacia la puerta del dormitorio. En esta ocasión, Cuatro Ojos le dio la vuelta rápidamente, y a mí me entraron unos nervios en toda regla. Cuatro Ojos silbó por lo bajo, se puso en pie y probó a colocar el revólver en distintos puntos de la mesa; luego la sacudió para ver si el revólver se movía.

—Ya veo lo que ha ocurrido —murmuró finalmente—. Cuando el revólver está de lado, es como si se balanceara sobre la aleta del seguro como resulta que esta mesita está un poco desequilibrada y se bambolea, cuando jugamos a las cartas el bamboleo es lo bastante persistente como para hacer que el revólver se mueva en círculo.

—Me tiene sin cuidado —respondí en un susurro—. No quiero que me dispare mientras duermo sólo porque la mesa tiene un bamboleo persistente. Creo que el retumbo de un tren que pasara a tres kilómetros de aquí sería suficiente como para que este delicado gatillo se disparase. Dame la pistola.

Cuatro Ojos me la pasó y, cuidándome mucho de apuntarla siempre hacia el suelo, la descargué, volví a colocarla sobre la mesa y me metí las balas en el bolsillo de la chaqueta. Después intentamos seguir jugando a las cartas.

—Mi corazón rojo apuesta diez centavos —dije, refiriéndome a mi as.

—Mi rey sube diez centavos —repuso Cuatro Ojos.

Pero no hacía caso. Entre la automática de Negro y pensar en Luke Dugan, no podía concentrarme en el juego.

—Cuatro Ojos, ¿te acuerdas de aquella tarde en que me comentaste que quizá el revólver de Negro tenía algo extraño? —dije.

—Suelo hablar mucho, Desnarigado, y a veces no vale la pena recordar lo que digo. Será mejor que nos concentremos en las cartas. Mi pareja de sietes apuesta cinco centavos.

Seguí su consejo, pero no tuve mucha suerte, y perdí cinco o seis dólares. A eso de las dos de la madrugada los dos estábamos bastante cansados y ya no nos sentíamos tan nerviosos; sacamos las mantas, nos envolvimos en ellas y tratamos de dormir un poco. Me puse a escuchar el ruido de la hierba marina y el pitido de una locomotora a unos tres kilómetros de distancia, y me atormenté un rato pensando en las posibles actividades de Luke Dugan, pero finalmente me quedé dormido.

Debió de ser casi al amanecer cuando el ruido del piñoneo me despertó. A través de las persianas se colaba una luz débil y verdosa. Me quedé quieto, sin saber exactamente qué era lo que estaba oyendo, pero estaba tan nervioso que no me di cuenta del intenso picor que me recorría el cuerpo por haber dormido sin sábanas, ni de la comezón que sentía en la cara y las manos por las picaduras de mosquito. Luego volví a oírlo, y no sonaba a otra cosa que al agudo piñoneo del percutor de un revólver cuando estalla en la recámara vacía. Lo oí dos veces. Parecía provenir del interior de la habitación. Me quité las mantas de encima y sacudí a Cuatro Ojos para que despertara.

—Es la maldita automática de Negro —murmuré, hecho un manojo de nervios—. Está tratando de dispararse.

Cuando una persona despierta de repente y antes de lo debido, tiende a sentirse como yo me sentí en ese momento y a decir insensateces sin pensarlo. Cuatro Ojos se me quedó mirando durante un momento, luego se restregó los ojos y sonrió. A duras penas logré ver la sonrisa en la escasa luz, pero puede sentirla en su voz cuando me dijo:

—Desnarigado, te estás poniendo verdaderamente susceptible.

—Podría jurártelo —insistí—. Era el piñoneo del percutor de un revólver.

Cuatro Ojos bostezó y repuso:

—Sólo falta ahora que me digas que ese revólver era el espíritu protector de Negro.

—¿Qué espíritu protector? —le pregunté, rascándome la cabeza y empezando a mosquearme.

Hay veces en que el aire de profesor universitario de Cuatro Ojos me agota.

—Desnarigado —continuó—, ¿has oído hablar alguna vez de las brujas?

Me dirigí a todas las ventanas y espié desde detrás de las cortinas para asegurarme de que no había nadie afuera. No vi a nadie. En realidad, no esperaba que hubiera nadie.

—¿Qué quieres decir? —pregunté a mi vez—. Claro que sí. De hecho, conocí a un tipo, un holandés de Pennsylvania, que me habló sobre las brujas que le echan a la gente lo que él llamaba el mal de ojo. Me dijo que a su tío le habían echado el mal de ojo y que después murió. Era viajante; me refiero al holandés que me lo contó.

Cuatro Ojos asintió con un movimiento de cabeza y luego continuó con tono soñoliento, sin levantarse del suelo:

—Pues bien, Desnarigado, el diablo solía darle a cada bruja un gato o un perro negro como amuleto, o quizá un sapo, para que siguiera a su dueña a todas partes, la protegiera y vengara los agravios. Esas criaturitas se llamaban espíritus protectores, siervos enviados por el Gran Jefe a velar por sus elegidas, podríamos decir. Las brujas les hablaban en una lengua que nadie más comprendía. Te diré a dónde quiero ir a parar. Los tiempos cambian, los estilos cambian, y también varía el estilo de los espíritus protectores. El revólver de Negro es también negro, ¿no? Y acostumbraba a murmurarle cosas en una lengua que no comprendíamos, ¿no? Y...

—Estás loco —le dije, pues no quería que me tomara el pelo.

—Vamos, Desnarigado —repuso—, tú mismo me decías hace un momento que pensabas que el revólver tenía vida propia, que podía amartillarse solo y dispararse solo sin ninguna ayuda humana. ¿O no?

—Estás loco —repetí, empezando a sentirme como un tonto redomado y a desear no haber despertado a Cuatro Ojos—. Fíjate, el revólver está aquí, en el sitio donde lo dejé, sobre la mesa, y las balas siguen en mi bolsillo.

—Por suerte —repuso él con un tono teatral que intentaba parecerse al de un empresario de funeraria—. Bueno, ya que me has despertado temprano, me daré una vuelta por ahí y veré si puedo apropiarme del periódico del vecino. Mientras tanto, puedes prepararme el baño.

Esperé hasta estar seguro de que se había ido, porque no quería que volviera a ponerme en ridículo. Entonces me acerqué al revólver y lo revisé. En primer lugar, busqué la marca o el nombre del fabricante. Descubrí un sitio limado, donde podía haber habido alguna marca, pero eso fue todo. Hubiera jurado que antes de aquello

habría podido decir la marca, pero en aquel momento ya no podía. No era que, en general, no pareciera una automática como cualquier otra; eran los detalles —la empuñadura, el guardamonte, la aleta del seguro— lo que resultaba extraño. Imaginé que sería de alguna marca extranjera que jamás había visto.

Después de estar tocándola durante unos dos minutos, comencé a notar algo raro en relación con el tacto del metal. Por lo que podía ver se trataba de acero azulado común, pero en cierta manera era demasiado suave y bruñido, y hacía que quisiera seguir acariciando el cañón una y otra vez. No puedo explicarlo mejor; el metal no me parecía normal. Finalmente, me di cuenta de que el revólver me estaba poniendo muy nervioso y me hacía imaginar cosas, de modo que lo dejé sobre la repisa de la chimenea.

Cuando regresó Cuatro Ojos el sol ya había salido y él había dejado de sonreír. Me arrojó un periódico al regazo y me hizo una seña. Estaba abierto por la página cinco. Leí:

ANTON LARSEN BUSCADO

CON RELACIÓN A LA MUERTE DE KOZACS

La policía cree que el excontrabandista de licor

fue eliminado por su compañero.

Levanté la mirada y vi que Larsen estaba de pie, en el umbral de la puerta del dormitorio. Llevaba puestos los pantalones del pijama, se le veía enfermizo y amarillento, tenía los párpados hinchados y sus ojitos de cerdo nos miraban fijamente.

—Buenos días, jefe —saludó Cuatro Ojos lentamente—. Acabamos de enterarnos por el periódico de que tratan de jugarte una mala pasada. Dicen que has sido tú y no Dugan quien ha matado a Negro.

Larsen gruñó, se acercó a nosotros y tomó el periódico. Le echó una rápida mirada, volvió a gruñir y se dirigió hasta la pila para remojarse la cara con agua fría.

—Entonces —dijo, volviéndose hacia nosotros—, es mejor que permanezcamos aquí, en el escondite.

Aquel día fue el más largo y el más nervioso que haya pasado jamás. Por algún motivo, Larsen parecía no haber despertado del todo. Si hubiera sido un extraño, habría diagnosticado que se hallaba bajo los efectos del láudano. Se quedó sentado por ahí, con los pantalones del pijama puestos, de modo que al mediodía todavía tenía el aspecto de haberse levantado de la cama en aquel mismo instante. Lo peor era que no

quería hablar ni contarnos nada de sus planes. Claro que nunca hablaba demasiado, pero esta vez había una diferencia. Sus cómicos ojitos de cerdo empezaban a ponerme histérico; por más quieto que se estuviera, los ojos no dejaban de moverse, como los de un tipo que ha tomado láudano y le entran pesadillas y está a punto de darle un ataque de frenética locura.

Finalmente, empezó a poner nervioso a Cuatro Ojos, lo cual me sorprendió, porque normalmente Cuatro Ojos sabía tomarse las cosas con calma. Comenzó a hacer pequeñas sugerencias, a decir que deberíamos conseguir un periódico de una edición posterior, que debíamos llamar a cierto abogado de Nueva York, que yo debía hacer que mi primo Jake se diera una vuelta por la comisaría de Bayport para cerciorarse de si había ocurrido algo, y así sucesivamente. Cada vez que comentaba algo, Larsen lo mandaba callar rápidamente.

En un momento dado pensé que Larsen le iba a asestar un golpe. Y Cuatro Ojos, como un idiota, siguió fastidiando. Vi que se avecinaba una bien gorda; estaba tan claro como que me faltaba la nariz. No lograba imaginarme qué inducía a Cuatro Ojos a hacerlo. Supongo que cuando los que dan el tipo de profesor universitario se ponen histéricos se trastornan más que los imbéciles como yo. Tienen el cerebro adiestrado y no pueden dejar de picotear las ideas. Y eso es una desventaja.

En cuanto a mí, traté de dominar mis nervios. Me repetía a mí mismo: «Larsen está bien. Está un poco nervioso, nada más. Todos lo estamos. Vaya, si hace diez años que lo conozco. Está bien». Me di cuenta vagamente de que me decía esas cosas porque comenzaba a creer que Larsen no estaba bien.

La cosa explotó a eso de las dos. Larsen abrió desorbitadamente los ojos, como si acabara de recordar algo, y se puso en pie de un salto tan brusco que comencé a mirar a mí alrededor en busca de la banda de pistoleros de Luke Dugan, o de la policía. Larsen había descubierto que la automática estaba sobre la repisa de la chimenea. En cuanto comenzó a tocarla, notó que estaba descargada.

—¿Quién ha andado jugando con esto? —inquirió con un tono muy desagradable y apagado—. ¿Y por qué?

Cuatro Ojos no lograba mantenerse callado.

—Pensé que podías hacerte daño —dijo.

Larsen se acercó a él y le asestó un golpe en la mejilla que lo hizo caer. Yo así firmemente la silla en la que había estado sentado, dispuesto a usarla como una maza. Cuatro Ojos se retorció en el suelo durante un momento, hasta que logró controlar el dolor. Luego, levantó la vista; las lágrimas comenzaron a brotarle del ojo izquierdo, donde había recibido el golpe. Tuvo el tino suficiente como para no decir palabra, ni

sonreír. En una situación semejante, algunos tontos habrían sonreído, pensando que eso sería una señal de valor. Admito que habría sido una señal de valor, pero no de buen tino.

Al cabo de unos veinte segundos, Larsen decidió que no le iba a patear la cara.

—Ya está bien, ¿vas a callarte de una vez? —inquirió.

Cuatro Ojos asintió con la cabeza. Yo dejé de asir la silla.

—¿Dónde están las balas? —preguntó Larsen.

Me las saqué del bolsillo y las puse sobre la mesa, moviéndome pausadamente.

Larsen volvió a cargar el revólver. Me enfermaba ver cómo se deslizaban sus manazas por el metal negroazulado, porque recordaba el tacto que tenía.

—Nadie más que yo toca esto, ¿entendido?

Dicho lo cual se metió en el dormitorio y cerró la puerta.

Lo único que yo podía pensar era: «Cuatro Ojos tenía razón cuando dijo que Larsen estaba loco con lo de la automática de Negro. Y le ocurre lo mismo que le ocurría a Negro. Necesita tener cerca ese revólver. Eso ha sido lo que lo ha importunado durante toda la mañana, sólo que él no lo sabía».

Entonces me arrodillé junto a Cuatro Ojos, que seguía tendido en el suelo, apoyado en los codos, mirando hacia la puerta del dormitorio. La marca que le había dejado Larsen en la cara había adquirido una coloración rojo ladrillo, y en el pómulos, donde se le había roto la piel, tenía un hilillo de sangre.

Con susurros muy apagados le dije lo que pensaba de Larsen.

—Huyamos en cuanto se nos presente la ocasión y enviemos a la policía para que lo pesquen —concluí.

Cuatro Ojos sacudió un poco la cabeza. No dejaba de mirar fijamente a la puerta; el ojo izquierdo le parpadeaba de manera espasmódica. Luego se echó a temblar, y desde lo más profundo de la garganta le salió un extraño gruñido.

—No me lo puedo creer —dijo.

—Él mató a Negro —le murmuré al oído—. Estoy casi seguro de ello. Y por un pelo no te ha matado a ti.

—No me refiero a eso —comentó Cuatro Ojos.

—¿A qué te refieres entonces?

Él sacudió la cabeza, como si intentase cambiar el curso de sus pensamientos.

—A algo que he visto —respondió—, o más bien, a algo que he descubierto.

—¿Del revólver? —inquirí.

Tenía los labios resecos, y me costó un esfuerzo pronunciar las palabras.

Me lanzó una curiosa mirada y se incorporó.

—Será mejor que de ahora en adelante seamos sensatos —dijo, y luego añadió con un hilo de voz—: Por ahora no podemos hacer nada. Quizá esta noche tengamos una oportunidad.

Después de mucho rato, Larsen me ordenó a gritos que le calentara un poco de agua para que pudiera afeitarse. Se la llevé, y cuando me puse a freír un poco de carne, salió del cuarto y se sentó a la mesa. Se había lavado y afeitado, y se había cepillado los ralos mechones de pelo que aún le quedaban en la pelada cabeza. Se había vestido y llevaba puesto el sombrero. A pesar de todo, seguía conservando ese aspecto amarillento y enfermizo propio de quien está bajo los efectos del láudano. Nos comimos la carne y las judías y nos bebimos la cerveza, sin decir palabra. Ya había oscurecido, y una leve brisa hacía gemir a las briznas de hierba marina.

Finalmente, Larsen se puso en pie, dio una vuelta alrededor de la mesa y sugirió:

—Juguemos una partida de póquer abierto.

Mientras yo recogía los platos, él sacó su maleta y la depositó sobre la mesa accesorio. Se sacó la automática de Negro del bolsillo y la miró durante un segundo. Luego, la guardó en la maleta, cerró ésta y la ató firmemente.

—Cuando acabe la partida nos iremos —dijo.

No estaba muy seguro de si debía sentirme aliviado o no.

Jugamos con un límite de diez centavos, y desde el principio Larsen comenzó a ganar. Fue una partida extraña; yo tenía los nervios a flor de piel, Cuatro Ojos estaba allí sentado con la parte izquierda de la cara toda hinchada, mirando de reojo a través de la lente derecha de sus gafas, porque la izquierda se le había hecho trizas cuando

Larsen lo golpeó, y éste iba vestido como si estuviera sentado en una estación, esperando el tren. Todas las cortinas estaban echadas. La bombilla de la luz que pendía del techo, cubierta por una pantalla de papel de periódico, proyectaba un brillante círculo de luz sobre la mesa, pero dejaba el resto de la habitación demasiado a oscuras para mi gusto.

Fue después de que Larsen nos hubiera ganado unos cinco dólares a cada uno cuando comencé a oír el ruido. Al principio no estaba seguro, porque sonaba muy bajo y se confundía con el seco gemido de la hierba marina, pero desde el principio me fastidió.

Larsen descubrió un rey y se hizo otra vez con todo el dinero del pozo.

—Esta noche no puedes perder —observó Cuatro Ojos con una sonrisa, y dio un respingo porque al sonreír le dolía la mejilla.

Larsen lo miró malhumorado. No parecía satisfecho con su suerte, o con la observación de Cuatro Ojos. Sus ojitos de cerdo se movían de la misma forma que nos había puesto histéricos durante el día. Y yo seguía pensando: «Quizá haya matado a Negro Kozacs. Cuatro Ojos y yo no somos más que unos tipos sin importancia para él. Quizá esté tratando de decidir si nos mata también. O quizá piense usarnos para algo y esté sopesando cuánto contarnos. Si hace algo le arrojaré la mesa a la cara; es decir, si tengo ocasión». Comenzó a parecerme un extraño, aunque hacía diez años que lo conocía y había sido mi jefe y me había pagado un buen dinero.

De nuevo volví a oír el ruido, esta vez un poco más audible. Era muy peculiar, y difícil de describir, algo así como el ruido que haría una rata atrapada en un montón de mantas al tratar de abrirse paso para escapar. Levanté la vista y vi que la moradura de la mejilla izquierda de Cuatro Ojos resaltaba mucho más.

—Mi as negro apuesta diez centavos —dijo Larsen, empujando una moneda hacia el montón de apuestas.

—Veo la apuesta —repuse, echando dos monedas de cinco centavos sobre la mesa.

Mi voz sonó tan seca y ahogada que me sorprendió.

Cuatro Ojos puso su dinero y nos dio a cada uno otra carta.

Entonces sentí que la cara se me ponía pálida, porque me pareció que el ruido provenía de la maleta de Larsen y recordé que éste había guardado allí la automática de Negro, con el cañón apuntando hacia el lado contrario al que estábamos nosotros.

El ruido era ahora más fuerte. Cuatro Ojos no lograba estarse quieto sin decir nada. Echó hacia atrás la silla y comenzó a murmurar:

—Creo que oigo...

Entonces vio la mirada enloquecida y asesina que se apoderó de los ojos de Larsen y tuvo el tino suficiente como para acabar diciendo:

—Creo que oigo el tren de las doce.

—Quédate quieto —le ordenó Larsen—, muy quieto. Son sólo las once menos cuarto. Mi as apuesta otros diez centavos.

—Subo tu apuesta —repliqué con voz ronca.

Yo quería ponerme en pie de un salto. Deseaba arrojar la maleta de Larsen por la puerta. Quería salir corriendo. Pero continué sentado y muy tieso. Todos nos quedamos sentados y tiesos. No nos atrevíamos a movernos, porque si lo hubiéramos hecho, habría sido señal de que creíamos que estaba ocurriendo lo imposible. Y si un hombre hace eso, está loco. Seguí pasándome la lengua por los labios, sin mojármelos.

Miré fijamente las cartas, tratando de excluir todo lo demás. Ya se había dado esa mano. Yo tenía un valet y unas cuantas cartas de poco valor, y sabía que la carta que tenía boca abajo era otro valet. Entre sus cartas descubiertas, Cuatro Ojos tenía un rey. El as de tréboles de Larsen era el naipe más alto que había sobre la mesa.

Y el ruido continuaba. Era algo que se retorecía, se tensaba, empujaba. Un sonido amortiguado.

—Subo diez centavos —dijo Cuatro Ojos en voz alta.

Me dio la impresión de que lo hizo sólo por meter ruido, no porque pensase que sus cartas eran buenas.

Me volví hacia Larsen, tratando de fingir que estaba interesado en ver si continuaba subiendo o dejaba de apostar. Sus ojos habían dejado de moverse y miraban fijamente hacia la maleta. Tenía la boca torcida de un modo cómico y rígido. Al cabo de un rato comenzó a mover los labios. Su voz era tan queda que apenas logré captar las palabras.

—Diez centavos más. ¿Sabéis?, yo maté a Negro. ¿Qué tiene que decir tu valet, Desnarigado?

—Que sube tu apuesta —repuse automáticamente.

Su contestación nos llegó con la misma voz casi inaudible.

—No tienes ninguna posibilidad de ganar, Desnarigado. No trajo el dinero, como había prometido. Pero le obligué a que me dijera en qué lugar de su cuarto lo escondía. Yo no podré recogerlo, la policía me reconocería. Pero vosotros dos podríais hacerlo por mí. Por eso me voy a Nueva York esta noche. Subo diez centavos más.

—Veo esos diez centavos —me oí decir.

El ruido cesó, no gradualmente sino de repente. De inmediato mis ganas de levantarme de un salto y hacer algo se centuplicaron. Pero estaba pegado a la silla.

Larsen le dio la vuelta al as de picas.

—Dos ases. El revólver de Negro no lo protegió. No tuvo ocasión de usarlo. Tréboles y picas. Ases negros. Yo gano.

Entonces ocurrió.

No necesito dar demasiados detalles sobre lo que hicimos después. Enterramos el cuerpo entre la hierba marina. Lo limpiamos todo y llevamos el coche unos cuantos kilómetros tierra adentro antes de abandonarlo. Nos llevamos el revólver, lo desarmamos, a martillazos le borramos la forma original, y lo arrojamos pieza a pieza a la bahía. Jamás averiguamos nada sobre el dinero de Negro, ni siquiera lo intentamos. La policía jamás nos importunó. Nos consideramos afortunados de haber conservado el tino suficiente como para escapar sanos y salvos después de lo ocurrido.

Porque, escupiendo humo y fuego a través de los redondos agujeritos, y sacudiendo y haciendo saltar la maleta, las ocho balas salieron disparadas y casi partieron en dos a Anton Larsen.